

DIEZ AÑOS DESPUES O CRONICA DE UN REENCUENTRO

*Por los que vamos en pos
de ideales bendecidos,
por los que estamos unidos
por la voluntad de Dios.*

Rubén Darío

POR FRANCISCO
ALMAGRO DOMÍNGUEZ
GÉNERO: CRÓNICA

A veces, en mis necesarios ratos conmigo mismo, llego a creer en la temporalidad de las razones. Han pasado casi diez años de mi regreso a Cuba desde Nicaragua, bello país del Poeta, en donde cumplí misión internacionalista. La palabra misión o misionero sólo puede peranza. Y así, un día, quedó en Cuba mi hijo de días de nacido, que sólo volví a ver al cumplir el año; una esposa joven que se deterioró irremediamente; una familia orgullosa y a la vez tiritante, que dejaba ir, sin alas propias, a uno de sus vástagos primigenios.

Fue la gesta de cientos, miles de cubanos. Médicos, ingenieros, constructores, maestros, gente sencilla, algunos ya imposibilitados de contar su historia y otros, quizás en otras tierras, atrapados en un misterioso peregrinar al redescubrimiento, de otra misión, de otra humanidad perdida. Nosotros éramos esa Fe que se decantó paralela a la Revolución. Junto a los estetoscopios, las cuartillas, las plumadas y hasta el fusil, iban el ateísmo temerario, la autoestima huracanada, una suerte de valores cimentados desde los jardines de la infancia y esas escuelas donde perdimos todas las inocencias.

También iba con nosotros como pesado fardo aquel bautizo a escondidas, hecho por unos en contraposición, y es puro eufemismo, a otros familiares al principio de la Revolución. No hacían falta otros evangelios, ni agua más pura y santa que la de la despedida, ni otra misión que empañara la Razón. Nuestra Razón.

II

1988. Nicaragua. El país de los poetas, los lagos y los volcanes, se desangra por sus mejores hijos. La guerra entre hermanos deja una estela de huérfanos, viudas, mutilados, tierras inservibles, odios. Y en medio de tanta destrucción una luz: Semana Santa. El misionero que soy yo no comprende semejante tregua. Aquella procesión donde la madre del sandinista y la madre del contra caminan juntas hacia la misma iglesia. El soldado herido que pide la visita del sacerdote. Las estampillas, los rosarios, Cristo sobre las cabeceras de las camas. Fin de Año: Arbol de Navidad en el Palacio de Gobierno. El Cardenal intermedia en el conflicto. Una señora recién operada, adolorida y desde su cama me bendice y da gracias a Dios porque le he salvado la vida. Y yo contesto, casi seguro, de que las gracias se las debe dar a la Revolución por llevarme allí. Y ella replica, condescendiente, muy segura, que gracias a Dios esa Revolución existe. Se me nubla la razón. La del misionero que soy yo. Voy a la Catedral del Pueblo y a mi regreso el jefe de la brigada médica me regaña. Hay que pedir permiso. Me duele el corazón y siento pena. Mucha pena. Y en mis primeras vacaciones en Cuba le he traído a la abuela un Cristo de yeso precioso. Nunca entendí por qué se arrodillaba antes de dormir y rezaba a una imagen de yeso. Pero es abuela. Abuela del misionero que soy yo. Yo no sé todavía que es la última vez que la veré. Alguien me critica semejante osadía, o mejor, estupidez. Y yo regreso a Nicaragua con un extraño sentimiento de que algo mío también quedó allá. Inconcluso. Pospuesto. La paz y la reconciliación de ellos. La mía.

III

1998. La Habana. En la Plaza de la Revolución el Papa Juan Pablo II oficia una Misa pública y en la Biblioteca Nacional hay una enorme pintura de Jesús. A mi lado una pareja se abraza, más allá aquellos niños, tal vez como el niño o el misionero que fui yo, se alzan sobre la multitud en su primer asomo. La madre de un amigo quiere ir más cerca del entramado. Unos latinoamericanos se confunden con nosotros, nos besamos, nos damos las manos.

Entonces he recordado a la enfermera nicaragüense, María del Jesús. Tenía ella una Biblia verde deteriorada por tanto uso. La acompañaba siempre en sus visitas pastorales a la montaña. A los mismos lugares donde su gente derramaba la sangre que ella y yo tratábamos de restablecer en el quirófano. Se la pedí para traerla a Cuba conmigo y ella puso cientos de objeciones. La única válida era mi ateísmo militante, dijo con los ojos. No hubo más palabras. Unas horas antes de regresar, María del Jesús me entregó su Biblia. Hace casi diez años de aquello. Yo regresé a Cuba. La Biblia verde, marcada por el uso, reposa siempre en mi mesa de noche, allí mismo donde la ciencia y el arte tienen también su espacio.

Al terminar el día, ya de regreso, a mis espaldas trepida el Aleluya de Haendel. Lo he oído muchas veces pero me suena distinto: no me despide, me acerca.

IV

A veces, en mis necesarios ratos conmigo, Nicaragua me parece algo más que un sueño. La Razón y la elocuencia tocadas por un Misterio. En el desintegrado y arbitrario caleidoscopio todo ahora tiene fin y continuidad. Surgió hace diez años Amor entre tanto púrpura derramado. Y es un amor distinto a otros, de muy difícil didactismo. No lo puedo explicar, como mismo no me es posible leer a Kafka si no creo en el escarabajo, ni sentir a Martí sin verlo, sencillamente, apóstol, espíritu, Nación.

En ese misionero que yo fui, como tantos otros, hay algo más desde entonces. Por ahora sólo se me ocurre darle infinitas gracias a Dios por ese reencuentro con la persona que yo soy. Por ese Aleluya que suena distinto. Por esa Biblia que duerme a mi lado. En fin, por vivir y ser persona.

Premios

□